

escasez de comida en el campo, sobre todo de hierba, que otros animales, veces había en que debía ayudársele, sobre todo en el tiempo de la paridera, y por dos razones. La primera era que en este tiempo de parto o gestación avanzada necesitaba estar fuerte y tener leche para el chivo. La segunda era que todo ello coincidía con un tiempo crítico en la dehesa, cuando la hierba escaseaba al principio del otoño. Aunque la cabra tenía en ese tiempo la defensa del matorral, a veces se la ayudaba con un pienso. Parece ser que había cierta tendencia a dar algo más de comer a las cabras que a las ovejas poco antes de parir y en la paridera. No quiere ello decir que se hiciera así siempre, pero sí con más frecuencia que a las ovejas. Por ejemplo, algunos empleados que tenían escusas en cabras y que iban en la cabrada de la finca, las dejaban a veces más a mano junto a su vivienda, *por darles mejor de comer*. El pienso más recurrente eran habas, *algarrobo* (algarroba) y avena, solos o ligados y, en mucha menor medida, paja de leguminosas y, en menos sitios, algún heno. Sin embargo, lo mejor eran las habas que, como hemos visto, eran muy buenas para dar leche.

“Pienso, en ciertas ocasiones del año, por ejemplo cuando están pariendo sí necesitan. Pienso, se le echan las habas, son la mano de un santo pa ellas. Se calcula a cuarto kilo por cabeza. Unos dornajitos... Son mu delicás, como ellas las pisen, que le den una mijina con la pata, la dejan. En unos dornajos buenos que los había entonces, entonces había cosas buenas, no las hay hoy sólo...Venía el dornajo aquí arriba, y ahí se le echaban las habas, que no alcanzaran ellas, y bandearan mucho, metieran las manos dentro. Tenían la cabeza aquí así y le daba por culo que no podían meter... y no los embrocaban. Eso estaba mu bien hecho. Y no se podían meter dentro y se las comían y eso era el mejor pienso que se le echaba. Yo en los sitios que estuve se le echó eso, habas, habas. Y entonces... hombre, si la otoñá se emboba, que no viene a tiempo, las cabras no están otoñás, empiezan a parir, claro, paren más flojas de leche y entonces se las ayuda con habas o maíz y entonces empieza la leche a aumentar. Maíz había entonces pero yo no sé de dónde coño lo traerían, pero sí lo había, no mucho, pero yo recuerdo del maíz entonces. Habas sí, habas había a punta pala.”

M. S., SI.

Los algarrobos eran preferentemente una comida para cabras, se decía que eran muy fuertes, y se les echaba especialmente cuando iban a parir. Aunque, como acabamos de ver, se usaban *panerones*, dornajos, alguna comida como las habas se les echaba en el suelo. A las cabras era frecuente echarles de comer de manera más individualizada que a las ovejas, bien en unas pequeñas latas o incluso en morrales, pero esto último más bien en fincas pequeñas. A veces se debía a que eran pocos animales, por ejemplo los de los pastores o pequeños propietarios, y en el caso de rebaños más grandes a que se diera de comer sólo a algunas. Las habas se les echaban limpias y el pienso menudo en unas vasijillas o latas, y tenía el cabrero la paciencia de ir dándosela y saber a cuál, a la más mala, la más endeble. También constatamos para las cabras la suplementación con altramuces. Finalmente, de una gran finca nos dicen que que a las cabras se les echaban coles en el invierno, hacia el mes de diciembre, pero esto parece ser una práctica propia

de sólo unas cuantas fincas.

Después de nacer, los chivos no acompañaban a las cabras al campo, sino que se quedaban encerrados en el corral, donde sus madres los amamantaban cuando se recogían. Cuando ya podían comer hierba salían con las cabras y seguían pastando junto a ellas y durmiendo juntos en el corral. *Los chivos a los veinte o treinta días empiezan a comer y ya cuando tienen cuarenta días pues ya va con su madre.*

Si se querían sacar a comer aparte de las madres, aun sin destetarse, se ponía a un *chivero* que los sacase al campo. En las cabras no se hacían distintos atajos de chivos con sus madres sino que, de salir con las cabras, todas estaban juntas

A los chivos no se les echaba pienso alguno, sólo se alimentaban con la leche y la hierba. A la hierba que hubiera durante el otoño se unía en la dieta de la cabra el monte, el matorral. Durante ese tiempo iban dando un bocado aquí y otro allá, en las ramas y hojas que hubiera, aunque fuesen algo duras, pues en este tiempo eran su principal sustento. Recordemos que la cabra come toda clase de hierbas y matorral, mata prieta (renuevos de encina, alcornoque, roble y quejigo), coscoja, jara, romero, aulaga, retama, escoba, tomillo, ardivieja, jaguarzo, galapero, tamujo y otras. El comer monte les evitaba el inconveniente que tenían las ovejas, el no poder salir a pastar hasta tarde en el tiempo de hielos, cuando la hierba no estuviera helada, con lo cual la cabra disponía de más tiempo durante el día para buscar su sustento.

Evidentemente no todo el monte era igual de bueno y de apetecible para el caprino y así, aunque en la Sierra de Tentudía las muchas cabras de la zona comían el matorral, los renuevos del roble, los ganaderos nos avisan sobre los problemas que podía traer:

“El único monte bueno pa el ganao es la encina, olivo y alcornoque. Hay quien dice que el roble deja al ganao sin sangre, que la hoja es hasta mala”.

H. R., Cv.

Aunque la bellota estaba destinada al cochino, no por eso dejaba la cabra de comer alguna de la que cogía a su paso, aunque poca. Incluso, en algún caso, se les dejaba alguna.

“En el Llano Ventura las cabras andaban toa la finca, y incluso se le guardaban unas bellotas, comían las bellotas en el día. No es malo, se acostumbran a comerlas desde que se empiezan a caer por septiembre y luego ya cuando hay parvas no le pasa na. Lo que se mean es dando leche, me cago en la má, ¡y no corta....!, la corta así la nata que tiene con una navaja la leche, ¡buena!, ¡y qué peso da, la bellota!. Andaban toa la finca, y en El Alcornocal andaban toa la finca. A las ovejas ya no era lo mismo, a las ovejas no se le dejaban las bellotas. Las ovejas son mu ansiosas y comían bellotas como un guarro, la cabra no, la cabra come to su bocaíto, su bocaíto. Hombre, si las cabras están en una finca que cuando ya están las bellotas emparvás están pa sitios que no hay bellotas y las pasas aquel día adonde están las bellotas, se pegan un panzón que le

cuesta la vida a muchas. Pero cuando ellas están corregías comiéndolas to los días, la cabra no se come una ambozá, una ambozá no se come. Pero ya te digo, jeso da un rendimiento en el queso...!”

M. S., Sl.

Sin embargo, en la montanera las cabras se llevaban preferentemente a zona de monte, pero donde no hubiera mucha bellota. En esa época solían estar más recogidas en algunas fincas, pequeñas sobre todo, que incluso las encerraban parte del día. Donde había castaños, aunque la castaña se le echaba a los cochinos, se nos dice que en algún caso la cabra podía entrar al castañar, siendo la única que era capaz de meter mano a los erizos de la castaña y sacar el fruto cuando ya estaba maduro. Esto sucedía en fincas pequeñas, con pocas cabras y como ayuda a la alimentación del caprino.

Llegado el invierno, ya hacia diciembre y enero en que empezaba la tala, un aporte y no pequeño lo constituía el ramón de las encinas que se talaban. No era sólo en ese tiempo cuando lo aprovechaban, pues en tiempos de escasez y siempre que no corriera la savia, los cabreros a veces le caían alguna que otra rama de encina, alcornoque o lo que fuera, siempre aquellas que menos o ningún fruto tuvieran y que estorbasen. También podía tratarse de algún chaparro o rebollo.

Pero en llegando la tala tenían ramón en abundancia, que para eso el cabrero las conducía a él, o lo comían a solas en cercas si estaban amaneadas. No se trataba sólo de ramón de encina, sino también de olivo. Las cabras nunca entraban en el olivar, pero sí se les podía sacar fuera los ramones. Los pequeños propietarios que tenían olivar solían hacerlo y era muy frecuente que gentes con cabras y sin olivos consiguieran ramones que se llevaban a sus fincas, por ejemplo pidiéndolos a los dueños de olivar con quienes tenían confianza. En este sentido, el aprovechamiento era integral, pues se aprovechaban los chupones en verano, aunque esto era sobre todo por parte de los más menesterosos y los propietarios más pequeños. Las grandes cabradas no solían aprovechar este ramón, pues recordemos que los olivares estaban en manos sobre todo de pequeños propietarios. Los dueños de grandes fincas, de tener olivares, no los solían tener junto a las fincas de sierra. Este campesino de Monesterio nos da cuenta de estas prácticas:

“Había mucha hambre pa to. En cuanto estaba uno talando ya estaban los que tenían ovejas y cabras y eso detrás del tío que estaba talando y se llevaba los ramones de los Cotos a la Jesa, o al Alcornocal pa aprovechar los ramones, porque allí [en el olivar] no se lo consentía el dueño. Si tú estabas talando un olivar y yo tenía amistades contigo, te pedía los ramones y yo iba con mis bestias y me traía los ramones pa mis bichos. No se compraban. Se le echaban a las cabras y a las ovejas y en el olivar no entraba más que el guarro.”

P. A., Mn.

Esta restricción a la entrada de la cabra en el olivar era relativa en otros casos pues, como nos dicen en Calera, cuando había mucho ramón en el suelo, de tal modo que la cabra no se subiera ni buscara las ramas de los olivos, sí metían

algunos propietarios sus cabras.

Las cabras y los chivos, si había buena otoñada, comían hierba en otoño e invierno, aunque fuera poca, y llegada la primavera gustaban de ir pastando de flor en flor. Los cabreros y amantes de las cabras suelen decir que no era tan dañina como la pinta, que incluso hacía menos daño que por ejemplo la oveja, que no esquilma la hierba, no la apuraba, al ir escogiendo un bocado aquí y otro allá, floreado. Además resaltan lo ya apuntado, que mejoraban los pastos al comer hierbas que otros animales no querían e impedían que surgiera el matorral.

Además, comían las hierbas que comían las ovejas, pero los tallos y las flores preferentemente. La mayor calidad de la hierba de los labrados se notaba en la leche, y así el hijo de un campesino cuenta cómo su padre sabía por la leche dónde habían estado las cabras, si en la zona que era tierra de erial de varios años o en otra laboreada.

Como hemos visto, la gran preferencia, y la gran ventaja de la cabra, era el matorral. Aunque resultaba más estratégico en tiempo en que no hubiera hierba, en la primavera era de mucho alimento y, sobre todo, hacía que la cabra no compitiera tanto por las hierbas con las ovejas, vacas y cochinos. En primavera, lo que más le gustaba era el material más tierno del monte y las flores, yendo de una en otra.

“Luego, las cabras en el campo comían de to. Ellas ya te he dicho antes que van de flor en flor como las ovispas de la miel. Las ovispas de la miel tú estás aquí sentao y ves al tomillo mismo, están en el mes de mayo y abril viene una sotarraña volando y se pone en la flor y allí come y de allí se va a otra flor, se va a la flor de la jara, a la del tomillo, a la de la yerba... pos esa es la cabra. En la finca come de to, de to, de to. Ella come un bocao de monte, coge un bocao de una bajera de una encina, las jaras, las escobas, to, to, to.

El monte que va saliendo se lo cargan las cabras, le pegan el bocao, cortan por aquí, mañana a lo mejor si viene repollando, ¿ que le gusta de darle un bocao más abajo?, se lo da y ya llega el día en que está así, casi en el suelo. QUITAN mucho, mucho monte. Si tenías un encinao pa renuevo, tenía que reservarse de que las cabras pastaran allí, si querías hacer un encinao no las llevabas”.

M. S., Sl.

“...la piara depende más del monte que de na, de que le talen los ramones de las encinas en el tiempo frío y luego la flor de la jara le gusta mucho y la leche se pone... una espuma que da, que ordeña una cuba de leche y tiene media de espuma, levanta casi una cuarta la espuma. Esa es la mejor leche, y la abulaga, es mu dulce (...) como la canela, y el monte to, se come los tallos de toa clase ...”

C. J., Mn.

Cuando ya empezaba a haber hierba en cantidad, las cabras tenían leche abundante y de sobra y los chivos disponían de comida, comenzaba el ordeño. Esto solía suceder a principios de primavera, hacia marzo. No obstante, siempre se empezaba a ordeñar algo antes.

“No se sacaba leche hasta que los chivos no se otoñaban bien. Por lo menos hasta que no tenían los chivos dos meses no se le empezaba a apartar las cabras, que es en diciembre, que era el mejor queso de España, “el queso de enero, diciembre y enero, pa el cabrero”.

M. S., Sl.

Sin embargo, esto solía ser en muy pequeñas cantidades, y se hacía con el fin de ir teniendo leche para el consumo, ordeñando alguna que otra cabra que fuese más abundosa en leche y adelantada.

“Al principio, cuando los chivos eran más chicos, ordeñabas si le sobraba después de haber mamao los chivos y luego ya cuando iban con las madres, que ya eran grandecetes que comían y eso (...) y por las tardes si hay alguno más grande “que la señorita quiere un litro de leche to los días”, lo que pasa en las casas de los señoritos... y el que estaba allí con ellas tenía que beber algo. Pos apartabas ocho o diez de los más grandes hasta que ya se empezaba a ordeñar... En el mes de marzo empezabas siempre. Yo empezaba unas veces a primeros de marzo, el día cinco, el día uno, el día seis, que ya los días son más grandes, que hay mucha comía en el campo”.

C. J., Mn.

Nos cuentan en algún pueblo que sí se ordeñaban las cabras recién paridas porque los chivos no apuraban a las madres. Esta leche era usada como calostro al principio y luego para tomar leche migada o el café y para hacer queso. Hay que tener en cuenta que las cabras de fincas pequeñas y llanas, recogidas en cercas chicas, podían tener unas ubres de cierto tamaño y si el chivo no apuraba la leche podía traer incluso problemas a las cabras. Así, incluso se intentaba que chivos más adelantados mamasen a las cabras recién paridas en ocasiones.

Cuando se empezaban a ordeñar, el manejo de los chivos variaba según las fincas, en unas no pernoctaban en el mismo corral madres e hijos, para poder tener leche por la mañana, a la hora de ordeñar.

“Entonces, los chivos tos al chiquero por la noche, la noche na más. Al tiempo de encerrar las cabras pasan los chivinos chicos al chiquero. Dan mucha lata la primera noche, luego después, a las tres noches yo me metía en el chiquero y empezaba a esperriarlo, a hacer prfprfprf(...), pa que se espantaran y salen tos y cogen la puerta del chiquero y por la mañana cuando ya no hay que echarle los chivos, hay que buscarle a cada cabra el suyo durante un mes por lo menos. Luego ya las conocen ellos, ellos solos buscan a la madre y hasta a partir de ahí no se empieza a ordeñar. Y a partir de ahí cogía su cartera, con su merienda que ya se la había echao su mujer y pescaba y salía andando con sus cabras. Le abría a los chivos, los juntaba con las cabras y se iba. Y a la tarde siguiente hacía la misma. Los chivos ya estaban mamando to el día, la leche del día era pa los chivos.”

M. S., Sl.

En otros casos dormían pero no pastaban juntos. Chivos y cabras iban en piaras distintas durante el día y se les daba de mamar por la tarde:

“Cuando ya venía uno por las tardes, con una horita de sol, pos las arrimabas alreó de la majá y le dabas de mano, las ahijabas allí y eso. Y algunas veces había que sacar leche pa los dueños o pa ti mismo, si se la mamaban to... Otras veces le sobra, como estén las cabras buenas y haya mucha comía pos le sobra la leche, puedes sacar toa la leche que quieras pa hartarte y si no, si estaban escasos pos antes de echarle los chivos pos le tenías que sacar una mijita”.

C. J., Mn.

Ahora bien, esto último sucedía más bien antes de la plena producción de leche. Ya entrada la primavera se solían apartar de noche. El proceso de apartar los chivos era previo al destete, si es que se destetaba. En cualquier caso, para ordeñar había que apartar. Lo común era que cabras y chivos fueran en distintas partidas al campo y luego se les diera de mamar, pudiendo volverlos a apartar durante la noche. Cuando, tras el destete, llevaban bastante tiempo separados y los chivos no mamaban a las madres, podían volver a ir juntos.

Dependiendo del tamaño de las fincas, los chivos podían pastar en alguna cerca pequeña, junto a otros animales, caso de las pequeñas, o conformaban piaras al cargo de un zagal o del *chivero* en las grandes fincas. Este eventual comenzaba su trabajo cuando se apartaban los chivos para salir solos al campo y terminaba al juntarse de nuevo la manada. En cualquier caso, la presencia del *chivero* era menos frecuente que la del temporil de las ovejas, pues su función podía cumplirla el zagal.

El interés por la leche hacía que en muchos casos los chivos se destetasen antes que los borregos, por ejemplo hacia marzo. En las grandes fincas, lo que se hacía era separarlos de las madres y poner un *chivero* que los pastorease, llevándolos los primeros días a lugares distantes de aquellos a donde fueran las madres, pues al oír los campanillos los chivos las buscaban. Ahora bien, no en todas las fincas se destetaban las crías, sino que se vendían aun mamando pero con muchos meses. En ocasiones dejaban de mamar ellos solos debido a lo avanzados que estaban.

“Los chivos estaban mamando en aquellos entonces hasta el verano. De que eran grandes se quitaba algunas veces de la teta. Particularmente siempre los machos se vendían pero había veces que estaba la venta mala y no venían a por ellos y eso y había que destetarlos. Se destetaban quitándolos, y algunos los quitaba usted de la piara dos meses y cuando venían no conocían las madres y otros que la conocían se liaban a mamarle, le tenía que poner usted un palo en la boca y ya no podía poner la lengua p’arriba, de tiro que le dicen. Y ya no mamaban y ya se destetaban y algunos le cortaban hasta la lengua y to, no eran capaz de destetarlo con na, rompían los betijos, que se le ponían así en la oreja por los cuernos con una cuerda.”

C. J., Mn.

El uso del betijo, un trozo de palo puesto en la boca y cogido por cada extremo con una cuerda para que pudieran comer pero no mamar, se daba sobre todo en fincas pequeñas donde no se podían hacer piaras aparte.

“Donde había piaras de cabras tenían chiveros. Cuando tenían chivos grandes el chivero se llevaba los chivos por un lao y el cabrero por otro pa que no se juntaran y cuando se ordeñaban se juntaban pa que mamaran. Si había pocas cabras y sin probabilidad de apartar chivos, se le ponían betijos y embetijaba los chivos pa que no mamaran, con un palo que iba en la boca y ya no podía apretar la boca con el cielo de la boca y dos mortajas y un nudillo en el medio hecho con una navaja y dos cuerdas y puesta en la boca se ataba a los cuernillos y ya no mamaban, sí comían..”

H. R., Cv.

Una alternativa al betijo y a la separación de la manada era embadurnar las ubres de las madres, bien con barro, bien con boñiga de las propias cabras u otro animal. No era muy frecuente y solía hacerse en puntas pequeñas como último recurso si no funcionaba el betijo.

En plena primavera, el ordeño se hacía en distintos momentos y, así, en algunos casos era por la mañana, antes de salir las cabras al campo.

“Entonces, los chivos tos al chiquero por la noche, la noche na más, al tiempo de encerrar las cabras pasan los chivinos chicos al chiquero.....Se levanta el cabrero, se toma su café y con las mismas dice: “Bueno pos voy a empezar a ordeñar” y pesca su cuba y se lía a ordeñar cabras, pun, pun. Yo la sacaba con un salero..., yo no soy torpe nunca pa na (...). Y cuando termina de ordeñar las cabras, el muchacho si no está acostumbrao se tiene que acostumbrar y aprender, ordeñar..”

M. S., Sl.

En otros casos nos dicen que era hacia mediodía cuando llevaban las cabras al corral para ordeñar y poder hacer entonces el queso. A continuación las cabras volvían al campo, *de repasto*. Cuando los días eran ya largos las cabras salían temprano y, si había suficiente comida, se ordeñaban dos veces, hacia las 11 o las 12 de la mañana y por la tarde, a la recogida. La época de ordeño fuerte era de marzo a junio, pues ya en esa época, con el calor, el queso empezaba a ponerse agrio enseguida, se aupaba y le salían saltones, agujeros. Entre San Juan y San Pedro se cortaba el ordeño; a los dos o tres días se le daba *el retieso*, es decir, un ordeño más distanciado, para ir cortando la producción de leche, hasta que se secaban las ubres. Hay que tener en cuenta también que en mayo se empezaban a coger las cabras y las que quedaban preñadas, al poco tiempo, al mes o los dos meses, dejaban de dar leche. No obstante, siempre quedaba alguna cabra que había parido más tarde o que no se había preñado y a la que se seguía ordeñando con el fin de tener leche para el diario.

Como hemos podido ver, el encargado de ordeñar era siempre el cabrero, ayudado por el zagal si éste no había de estar con los chivos caso de que no se

encerraran. En algún caso hemos constatado que el guarda iba a recoger la leche a la majada y la llevaba al cortijo para hacer queso o para mandarla al pueblo. En fincas donde había pocas cabras, el encargado del ordeño era por lo común el guarda. En las explotaciones campesinas, lo hacía aquel que estuviera más al tanto de las cabras.

Como hemos señalado, la cabra era la que suministraba la leche en gran número de fincas, al no haber vacas de leche. En los pueblos tenía la competencia de las vacas de los hortelanos u otros pequeños propietarios que tenían vacas lecheras. Los campesinos no era frecuente que vendieran la leche de sus cabras en los pueblos, pero se daban casos. Los piareros sí lo hacían. En muy pocas de las grandes fincas se llevaba la leche al pueblo para venderla pues, aparte de la destinada al gasto corriente, el resto se hacía queso.

Los encargados de hacer el queso variaban según los sitios. En las pequeñas explotaciones y entre los empleados que tenían alguna cabra solían ser las mujeres las que se ocupaban de ello, aunque no por eso dejaban algunos hombres de hacerlo. Cuando se trataba de la punta de cabras de una gran finca era tarea de la guardesa y el guarda o la casera y el casero. Donde había cabreros, éstos y sus mujeres se encargaban de la labor, aunque casos conocemos en que los cabreros sólo hacían su queso, mientras que el de la finca era cosa de los guardas.

El destino de los quesos era, en primera instancia, el autoconsumo, de los propietarios de fincas y de los empleados. No sólo se abastecían los dueños y los trabajadores fijos en sus casas sino que el queso era parte de la comida que se daba a algunos eventuales y a los mozos como un componente de su salario. Al conservarlo en aceite se tenía queso para el consumo todo el año. El queso sobrante era para la venta, en los pueblos en el caso de las pequeñas producciones, a los vecinos directamente o a los comercios, y a mayor escala en las grandes fincas. Una vez oreados, asentados, muchos quesos salían de las grandes fincas de la sierra con destino a las casas de los grandes propietarios en los pueblos de la comarca o en otros mayores donde residían. Allí se podían vender en la propia casa o se los llevaba un comprador. En algunos casos, había intermediarios que los iban comprando por la sierra y los llevaban a otros pueblos y ciudades, como por ejemplo es el caso de Santa María de Navas, en que un comprador local los llevaba envueltos en hojas de helecho para venderlos en Berlanga, en la campiña de los Llanos de Llerena.

“Mi padre tuvo una época que compraba los quesos por la sierra esta y se los llevaba a Berlanga, tenía dos o tres bestias y casi toas las semanas salía un día por la sierra recogéndolas y luego se llevaba a Berlanga. Se compraba el queso a pequeños propietarios y a grandes. La Padrona tenía quinientas o seiscientas cabras, mi padre iba a por el queso allí en donde el Tío Morato.”

R. J., SM.

“El queso se traía a casa y se vendía a las tiendas o a alguno que viniera de por ahí de Sevilla o de cualquier sitio. Siempre había quien lo compraba aquí pa vendérselo a otro a lo mejor. A lo mejor compraba usted quinientos o mil kilos

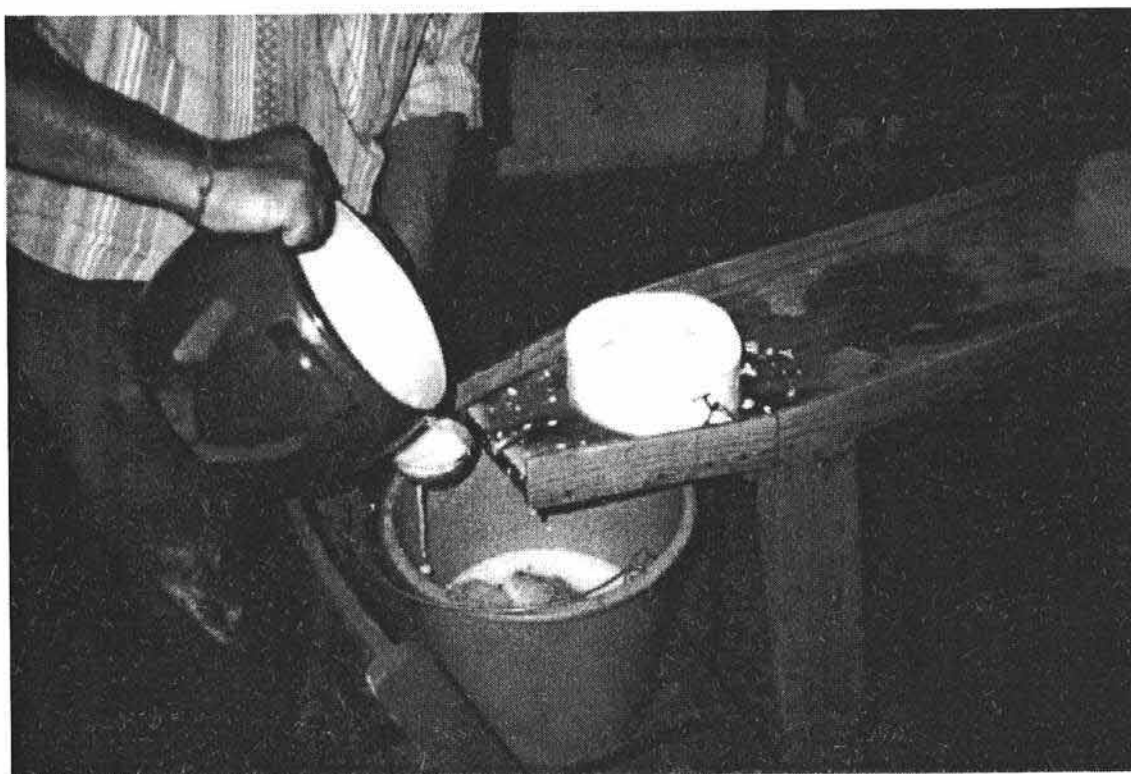
de queso y se lo vendías a otro que venía de Sevilla o de Madrid.”

C. J., Mn.

Pero, visto el queso, volvamos al campo y los chivos. En efecto, el tiempo abundoso en hierba, flores y retoños del matorral había traído gran producción de leche y había hecho que los chivos cogieran peso, de tal manera que se pudieran vender a finales de primavera, cuando la comida menguaba. No obstante, la venta de los cabritos no era tan perentoria como la de los borregos, pues si éstos cuando se acababa la hierba verde se empastaban y no ponían kilos con el pasto, no le sucedía lo mismo a los chivos, por sus propias características biofísicas y por disponer del matorral. Así, se podían vender chivos bien entrado el verano por lo que, en ocasiones, se castraban incluso. Pero, en general, los chivos empezaban a venderse en primavera, hacia mayo, y principios de verano. Se vendían más machos que hembras pues sólo quedaba algún chivo para semental, mientras que eran muchas más las chivas de renuevo.

Dependiendo de la envergadura del rebaño, así eran los destinos y canales de comercialización. Los chivos de las puntas eran para el mercado local, los compraban los carniceros de los pueblos, siendo esta la carne fresca que se consumía durante el verano, tanto carne y vísceras como revoltillos. Hay que hacer notar que no se trataba por lo común de cabritos pequeños sino de animales ya de cierta envergadura, a veces los de desvieje.

“Las cabras duran unos pocos de años, la cabra está en plena producción con



Haciendo queso

ocho años y siete y ya a partir de ahí, ya los dientes se le caen, otros se le van gastando, le queda casi en la encía y ya la cabra es desecho. Eso se vendía en las tablas, los carniceros las compraban y las mataban, las tablas le decíamos a eso entonces, eso era una carnicería, eso es lo quedao de antiguo entonces, “a la tabla, estas cabras son de la tabla, estas hay que echarlas a la tabla” y la tabla se trataba, entonces nos entendíamos bien, se trataba de que era la carnicería. Aquí en el pueblo había dos carniceros. En las piaras salían veinte cabras cada año, en el verano que era cuando se sacaba el desecho (...) Por regla genera, el si se desviejaban veinte o treinta iban a Mérida, era raro que algún carnicero [de aquí] comprara veinte cabras juntas. Si eran menos, pos a los carniceros de los pueblos..”

M. S., Sl.

Recordemos que los carniceros podían ser en algún caso quienes suministrasen chivos grandes para semental a pequeñas puntas donde no los había. En Cabeza la Vaca encontramos un caso singular, como vemos a continuación.

“Se vendían pa los carniceros de aquí, que había dos. Compraban en julio y ponían a un hombre con ese ganao, tenían fincas y estaban por esos caminos. Un hombre estaba to el año con él de cabrero y, si uno tenía, lo que quería era vender en este tiempo. También tenían cabras los carniceros..”

H. R., Cv.

Las partidas grandes se vendían para el mercado de las ciudades, para Madrid, Barcelona o Sevilla, muchas veces a través del matadero de Mérida. Se compraban a través de corredores o intermediarios que, en ocasiones, juntaban partidas comprando aquí y allá para conformar un lote grande.

“Los chivos se criaban bien criaos. Allá por mayo o por ahí se vendían, ya chivos con tres arrobas, setenta libras, ochenta. Con siete o ocho meses. Al matadero de Mérida iban tos, al matadero de Mérida que tú sabes que ese matadero ha sio potente siempre. Y ahí iban a parar tos los borregos de España, to los chivos y to. Se llevaban andando, hombres que buscaban. Y a Sevilla iban chivos. Y las cabras de desecho iban a los mataderos esos. Iban más a Mérida. Salían andando a lo mejor esta tarde, salían tres o cuatro hombres a lo mejor con quinientos chivos. Los chivos tiran mejor que los borregos, andan mejor, marchan mejor, más rápidos. Y llevaban sus cabrestos machos.”

M. S., Sl.

Los chivos se pesaban, pero aquí era menos raro que en los cochinos venderlos a ojo. No existía celebración alguna, no se precisaba más manos que las del cabrero, el zagal o el propietario y su familia. La forma de pago no era tan problemática como en algunos casos lo era la del cerdo, recordemos el refrán de “*Chivo fuera del chivero y cinco duros al sombrero*”, cosa que reafirma la siguiente narración:

“Una vez vino uno a comprar y colgó allí unas aceiteras en unas estacas que

tienen los cortijos pa colgar la ropa y llegó y colgó las aceiteras y cuando acabó de pesar los chivos dice que tiró por los aceiteros y allí tenía el dinero. Unos cuernos de vaca. Y otro iba y se lo pagaban. Antes ni banco había siquiera en aquella época. Normalmente traía su bolsa y cuando se acababa de pesar pos se pagaba, como era na, a lo mejor veinte duros.”

C. J., Mn.

En cuanto al renuevo de la cabaña, parece constatarse una mayor duración de la cabra que de la oveja, siete u ocho años, aunque el tener problemas en el ordeño o flojear en la producción de leche hacía que se precipitase la renovación de algunas. En este sentido, una cabra que fuera buena de leche, que diese muchos litros, era probable que *hubiese que desviejarla antes. Se quedaba cansina*. Al elegir las chivas y chivos de renuevo, tenía una gran importancia la producción de leche y, por ello, se miraba mucho la calidad de las madres en este sentido, así como la condición de las ubres, tanto de las madres como de las chivas nuevas, procurando que fueran buenas y no demasiado grandes, ya que en la sierra se destrozaban, aunque debían ser lo suficientemente grandes para ordeñarlas bien. Los machos mejores se consideraban aquellos que fuesen anchos y fuertes, *que tuvieran costillas* y que fueran largos, *hombre, siempre por lo largo, que sea larguito, que sean atacaitos*”. Así darían buenos chivos, grandes y con peso. Se buscaba que tuvieran el pelo bueno y fino, y aunque había piaras en que podía haber una mezcla de pelajes, sobre todo las más pequeñas, en algunas se buscaba que la cabrada tuviera más o menos el mismo pelo, por razones estéticas: *Que fueran iguales, como cortadas con una tijera*. Pero a veces, detrás de las razones estéticas había otras más prácticas, pues se asociaban ciertas características, como el pelo o la construcción de una determinada parte del cuerpo, con la calidad de los animales. Por ejemplo, un cabrero prefería las cabras negras pues dice que las coloradas eran más duras para espelechar y daban peores pieles. Un criterio estético personal de otro cabrero, y del actual encargado de una finca que fue zagal suyo, era que los machos tuvieran el hocico acarnerado, es decir, parecido al de un carnero. Otros cabreros, sin embargo, no tenían esto en cuenta. Respecto a los cuernos, se buscaba que los machos tuvieran una buena cornamenta y que las cabras la tuvieran hacia atrás.

Una vez hecho el desvieje e incorporado el renuevo, la cabrada seguía su ciclo, con los machos y hembras juntos y apareándose. Si aun lo había, el chivero era ya despedido y no quedaba más que la mano de obra habitual. El ordeño iba tocando a su fin y, con la seca de la hierba y las flores, cambiaba el tipo de alimentación de la cabra. No dejaban de comer pasto, pero cobraban mayor importancia relativa otros recursos, como el matorral, sus hojas y ramas. Aunque en menor medida que los cochinos y ovejas, las cabras, o al menos las de algunas fincas, aprovechaban algo de los rastrojos, no mucho desde luego. Si aun quedaban chivos, eran muy agradecidos con algunas rastrojeras, en las que ponían un peso interesante. En cualquier caso, la cabrada solía echar pocos días y no se desplazaba a las fincas de las campiñas pues tenían otros asideros alimentarios. Únicamente en un par de explotaciones que tenía varias fincas hemos constatado que las cabras,

que estaban la mayor parte del año en las tierras más montuosa, iban en el verano a otra en la que había más siembra a aprovechar parte de los rastrojos y algún ramón de chopo.

Del monte seguían comiendo, aunque ya no hubiera flores ni retoños tiernos. Algo muypreciado para las cabras eran los repiones de la jara, las bolita que le quedan una vez caída la flor y donde queda la semilla fecundada: *Esos repiones le dan una fuerza que se ponen como mulas de gordas*. Gustaba mucho el caprino de la grana de la retama, de la semilla que echa en el verano y que a los chivos les hacía poner buen peso. Alimentándose con éstas y otras plantas, si seguían ordeñándose, no es que dieran mucha leche, pero era de muchos grados y por tanto, de mucho rendimiento en queso.

“Las cabras le daban al monte más bien en el verano, que no hay verde, no hay yerba, y ellas le tiran to el año pero en ese tiempo... y si no hay pastos que la finca está apurailla de comía, le dan todavía más. Pero en el verano, en el verano le gusta a ellas meterse en el monte. Y salen hartas de monte... se ven los cogollos de las jaras cortaos. Le dan, le dan, ese ganao es mu costefío, de mucho monte.”

M. S., SI.

De mucho acomodo en el verano era también la vegetación de ribera, como juncos, juncias, arbustos e incluso árboles, si se les talaban algunas ramas. Esto sucedía por ejemplo con los chopos y álamos al final del estío. Ahora bien, la poda de estos árboles era problemática pues de podarse mucho se resentiría la calidad de su madera. Ya vimos también cómo podían sacarse para las cabras los chupones de los olivos, que se quitaban hacia agosto.

En tiempo en que no abunda el verde, los cabreros habían de tener cuidado de que las cabras no se fueran a los melonares que pudiera haber en algunos barbechos de la dehesa. Ahora bien, los restos de melonares y huertas eran un recurso de circunstancias para las cabras, sobre todo en fincas pequeñas, en puntas de cabras, que aprovechan las *bambollas*, las matas secas o casi secas.

Los higos eran una solución para pequeñas partidas de cabras pero con ciertas prevenciones pues *los higos*, si no era acostumbrando a los animales poco a poco y dándoles en pequeñas cantidades, podían cortarles el rumio. Las hojas de la higuera las podía comer la cabra y, en algún caso, nos cuenta un cabrero que entraba las cabras en la viña cuando ya se habían cogido la uvas, a comer los pámpanos, cosa poco frecuente. Con la llegada de las aguas de otoño, quedaba atrás el tiempo seco y comenzaba el ciclo de la hierba y de la cabra toda con la paridera.

Durante el ciclo que hemos descrito, sólo dos operaciones había que hacer a las cabras, la marca y, en algunos casos, la castración. Para identificar y reconocer al ganado, o más bien a los propietarios del mismo, se hacían en las orejas unas señales peculiares de cada casa, unas rajadas. Esto sucedía sobre todo allá donde había un cierto número de cabras, pues en *pitarras* o cabras sueltas se conocía bien a cada animal. No obstante, un cabrero muestra su desdén por esta práctica

con este comentario.

“Allí, las cabras no tenían marca ninguna. Ahora sí hay muchas cosas de esas, no entienden..”

P. J., PI.

En caso de extravío, las marcas servían para la identificación del animal y cuando se moría una cabra en una gran finca el cabrero guardaba las orejas y las presentaba al dueño o encargado como justificación de esa baja. Una práctica poco frecuente era marcarlas a fuego.

“Las cabras se marcaban, tenía una señal, la señal que quería el dueño de las cabras tener. En la oreja derecha rajá y en la izquierda un agujero, por ejemplo. Otros tenían un hierro, por ejemplo una X, atrás, quemao, igual que las vacas. Hubo uno que le ponía una X aquí en la nariz, aquí en el hueso de la nariz. Y si le quería poner las iniciales, esa eran las iniciales.”

M. S., SI.

Al igual que sucedía con el desrabe en la oveja, la incorporación de un animal reproductor a la cabaña de la finca se marcaba mediante una operación de tipo sacrificial, cruenta, aunque a diferencia del desrabe de los borregos y castración de los cochinos no suponía amputación de un miembro. De todos modos, no implicaba ritual o celebración alguna, fundamentalmente porque no se daba lugar a la comensalidad y en muchos casos era una práctica que llevaban a cabo sólo los cabreros.

En cuanto a la castración, el chivo sólo se capaba si se quería dejar alguno de manso, cosa que no siempre se hacía. A diferencia de las ovejas, con las cabras no se solían hacer desplazamientos pautados a otras fincas, para esquilar o aprovechar rastrojeras. Sólo en algunas fincas con grandes piaras hemos encontrado mansos. Como hecho poco frecuente, pero que constatamos en diferentes lugares, se castraban los chivos si llegado el tiempo de la venta ésta no se había podido hacer o se prefería esperar un poco y vender chivos con más peso. Hacer un atajo con los chivos supondría tener que emplear a alguien, pues si se dejaban con las madres las preñaban al ser ya grandes. Los chivos *se capaban pa que no cogiesen a las cabras y pa que se pusieran gordos, limpios y no echaran cuenta de las cabra*. La castración la solían hacer los propios cabreros, aunque o todos se daban traza para ello y recurrían a alguno que supiera, alguna persona mayor con experiencia. Las dos modalidades de castración eran *a cuchilla* y *a vuelta*, como nos cuentan ahora los cabreros.

“Y se le coge con la navaja y se le saca la cholina⁶⁸, se tira de ella, se suelta de su sitio y luego se le ata un guitita aquí arriba por medio de una hemorragia, que evita mucho. Y eso sana y ya está. Y luego a vueltas, eso es darle vueltas a la chola ahí dentro de la bolsita de la chola hasta que consigues de quebrar las brinces y eso se seca ahí dentro solo. A mí me gusta más la capa de cuchilla,

(68) Diminutivo de chola, testículo.

mejor, es más segura y más sana, es que se la quitas... capao a vueltas se da el caso de que no ha quedao mu lastimá la brince y vuelve a encastar el borrego o el chivo o el becerro.”

M. S., Sl.

“Eso empieza a darles vueltas, al cordón, una vez que le tienes dao la vuelta al cordón, tienes que procurar de darle la vuelta al huevo. El cordón lo tienes que notar cogiéndolo por arriba que se ha escapao por abajo, empiezas a darle vueltas lo mismo que a un cordel hasta que estalla. La parte de arriba no la tienes que cortar nunca, entonces das vueltas arriba y te cargas al chivo. Tú le tienes que tener cogías las brinces por arriba y por aquí empiezas a darle vueltas. Una vez que ves que suelta, pa que no agarre más tienes que darle la vuelta al huevo, poner lo de abajo arriba y ahí ya está el bicho capao.”

“Algunos se morían, se te inflaban y como no tengas apretao lo de arriba... El misterio está en mantener la brince por arriba que no te de vueltas, lo mismo que si aflojas una bombilla, si empiezas a darle vueltas al cable de la bombilla lo lías, tienes que coger la cacharra pa meter la luz. La capa a cuchilla no tiene na que hacer, eso es rajar y cortar y ya está, que tengas suerte que se te desangre o no, eso lo mismo se te va a ti, que al otro, que al que lo haya hecho mil veces. A mí se me quedó un guarro [muerto] sin manchar el cuchillo de sangre haciendo una matanza, eso le pasa a cualquiera. Hay cosa raras en la vida que son así y ya está.”

P. A., Mn.

La torvisca, además de servir su cáscara como sustituto de una cuerda cuando se estaba en medio del campo, tenía usos medicinales y como repelente de insectos, como por ejemplo contra las pulgas en los perros. En la castración de los chivos y carneros se le ponía en los testículos para que no se infectase.

Estas eran operaciones muy puntuales, alguna que otra al año como mucho. De diaria realización era la tarea de barrer el corral con escobón, de tamujo por lo regular, rodo, pala y esportón o a veces carrillo con el que se echaba a la esterquera lo que había de ser estiércol para la labor, aunque fuera más flojo, de peor calidad que el de oveja.

“El estiércol iba en los veranos al giro que había hecho de barbecho. La esterquera se hacía enfrente de la puerta del tinaón de las cabras. La esterquera no tenías que hacer na más que con el carrillo barrías el corral, llenabas un carrillo, dos o los que hubiera y a la esterquera, y ahí se iba haciendo el montón. Y eso se encargaba el amo de darle una vuelta cuando le parecía, eso ya estaba fuera del cabrero, el cabrero no tenía na que ver con eso.”

M. S., Sl.

“El estiércol pa echarlo en la tierra, pa forraje de este temprano, pa cebá y el trigo temprano, pa el centeno, pa echárselo a las bestias temprano, una huerta, un huerto, pa esas cosillas na más. Eso sí, lo que quiere es mucho aseo...”

C. J., Mn.

Pero la gran tarea del cabrero, como no podía ser menos, consistía a lo largo de todo el año en la custodia y el pastoreo del ganado, labor más ardua que para cualquier otro animal pues la cabra no descansa nunca, como reza el refrán de *La cabra, y coja, no quiere siesta y a la que la duerme, caro le cuesta*. Esta era la penitencia del cabrero que, por contra, tenía noches descansadas como dijimos, pues las cabras estaban a resguardo y no solían parir de noche.

El cabrero no se podía permitir fácilmente dejar a las cabras solas y volver a su casa, como hacía el pastor, por ejemplo en verano. A lo sumo podía alternarse con el zagal en algún caso, y no siempre si era una cabrada grande. Entre otras cosas, era mucho el terreno que recorrían las cabras a lo largo del día, eran largos los careos y por lugares incómodos las más de las veces. En invierno, las horas de sol eran pocas y el trabajo, por tanto, menor, pero las inclemencias podían ser muchas. En verano, invariablemente había de soportar calores, pero a veces podía descansar, sin que las cabras se movieran. En esa estación en que la oveja se acarra, la cabra, por contra, no tiene descanso o siesta. Por eso había de pastorearse sola o recogerse en algún corral. Lo mismo ocurría con las cabras de los pastores que solían ir con las ovejas, a las que algún zagal o un muchacho cuidaba en las horas de más calor, llevándolas al monte a algún río o barranco. Pero en algunas fincas las cabras de los pastores, o de otros empleados que las tuvieran como escusas, iban con la cabrada durante el día y se recogían por la noche en algún corral cerca del chozo o de la vivienda del empleado.

Al igual que sucedía con la oveja, el cabrero buscaba las abrigadas los días de mal tiempo. Por ejemplo, algunos pequeños propietarios que tenían fincas cerca de Santa María de Navas, que recogían las cabras de noche en los corrales de sus casas y tenían varias parcelas cerca del pueblo, las llevaban a unas u otras según la comida que hubiera y las condiciones del clima y, así, un campesino nos cuenta que los días de mal tiempo llevaba las cabras a la parcela que tenía en la zona de encinar, con cerros y recovecos, donde el ganado encontraba más abrigo y estaba más reservado. Cuando el tiempo venía bueno tiraban para La Solana, tierra más llana y sin árboles.

En fincas pequeñas y medianas recorrían todo el terreno, salvo los sembrados, pero en las grandes extensiones se procuraba darles cada día un careo distinto porque *parece que les gusta que le cambien la pastoría*. En cualquier caso, su lugar natural era la sierra y su preferencia el matorral.

De una gran finca de Santa María de Navas, con grandes sierras pero también con terrenos llanos, nos cuenta un antiguo zagal:

“La cabra estaba siempre en el monte, el llano estaba más castigado por las ovejas y la cabra, si huele oveja, se va.”

Concejo, S.M.

Por esa misma razón, en otra finca vecina pero más pequeña, aunque las cabras recorrían todo la finca, en primavera se le reservaba si se podía un trozo sólo para ellas, pues la cabra *es muy escrupulosa*. Aunque, como hemos visto, necesariamente tenían que compartir pastos y a veces ir en la misma piara, pastorear juntas cabras y ovejas era complicado en ocasiones, por la distinta etología, pero se podían buscar medios para hacerlo más fácil.

“Cabras y ovejas no hacen liga. Las cabras andan más y en verano no se acarran. Pero cuando las acostumbras a las voces y al ganao, ellas mismas se guardan y se vienen en busca de las ovejas. Se alargan pero luego vuelven cuando llegan a la linde y había veces que venían sólo por las tardes”

M. J., PM.

Otra diferencia entre el pastoreo del caprino y el del ovino era que la cabra, al ser más individualista e inquieta, se atajaba más, se quedaban unas cabras o grupos de ellas cortados y separados de otros. Por eso hacía falta una atención continua.

“Hay que estar pegao a ellas. Ahí está la vista del tío, en no darle pelota, en estar encima. El ganao varía mucho de estar custodiado a no estarlo. Si se te hacen dos atajos, doble trabajo”.

“Tienen que ir a su gusto, pueden coger una pastoría grande, pero que vayan unías. Además, abiertas no hacen carriles”.

M. J., PM.

La custodia del ganado día y noche, con frío, calor o lluvia, se hacía más penosa si tenemos en cuenta que lo frecuente era ir por sierras y montarrales, tras animales inquietos, *raferos*,⁶⁹ que gustaban de lo nuevo, lo arriesgado, no doblegaban ante riscos, barrancos, agriles o monte espeso y no rechazaban tentación alguna de comida, sobre todo en sitios donde no había cercas y todo era linde, tanto con fincas próximas como con las hojas de cultivo de dentro de la propia dehesa, de ahí la necesidad recurrente del garrote.

“Las cabras son mu malas. Donde haya verde, si puede, se avienta. La oveja es más tranquila, ese ganao es peligroso.”

M. E., FI.

“Por lo general las fincas estaban así, ahí no había na más que lindes. La cabra, cuando llegaba a la linde, tenía que estar el cabrero en la linde.(...)Yo llevaba un garrote, pa ir acortonando y pegarle un estacazo a una culebra si veías que se te podía liar en los pies, si veías una liebre pegarle un palo y comértela y si había que pegarle un garrotazo a un macho que te ⁷⁰hiciera un día cara o p’acá o p’allá. Los había de esos que empezaban a dalear el cuerno y

(69) Rafero, aplicado a la personas, quiere decir de que coge todo aquello que encuentra por el campo, entendiéndose aquello que no debiera coger, que no es suyo.

(70) Ladear.

se venían, pero nunca me pasó na gracias a Dios. Yo tenía buena mano con el palo. Da con fuerza pero, habiendo leña, de mala gana que nombres te guarda la linde. Y la cabra no se guarda detrás de ella, dándole p' acá y p' allá, no señor, la cabra hay un refrán que dice: "A la mujer y a la cabra, tierra larga" Que ellas anden, pero si la linde está en la plaza⁷¹, cuando lleguen a la plaza el cabrero allí. En el momento en que te ven empiezan a retrancar, retrancar, se empiezan a parar, a cortar el paso. Y había muchos días que no llegaban a las lindes siquiera, se volvían ellas solas donde les parecía."

M. S., SI.

Pero no sólo del garrote vivía el cabrero. Contaba con la ayuda de otros colaboradores aparte del zagal, situado en otro extremo de la cabrada o junto a él si la situación lo permitía. Estos auxiliares eran los mansos y los perros. Ya vimos el proceso de castración de los machos para mansos, pero sigamos ahora con su función. Hay que recordar que no en todas las cabradas había mansos, sino sólo en algunas de gran envergadura. La razón no es otra que el coste de mantenimiento que tenían unos animales que no tenían producción alguna, sobre todo teniendo en cuenta que no estamos ante el caso de las ovejas, que se desplazaban a otras fincas o lugares para el esquila, los agostaderos, etc. Entre otras cosas, además de la conveniencia de tener estos animales para poder manejar una cabrada grande, sólo se encontraban mansos en grandes rebaños porque en ellos un par de animales improductivos no querían decir nada entre un número tan alto de cabezas. Servían para conducir el ganado por la propia finca, cosa que podía hacerse en muchos casos sin su ayuda. La selección, adiestramiento y cometido de los mansos nos los describen estos cabreros.

"Eso se enseñaba mu bien, lo tenías que hacer mu mansito, pa ti, que se En cuanto a los perros, lo más frecuente era encontrar perros de agua para la conducción y custodia de la cabrada. En la majada, los mastines eran más propios de las ovejas, aunque también podía haberlos, así como otro tipo de perros.

"Siempre he gastao toros de esos grandes, y hasta con collares de hierro de estos puesto, con unas argollas que sonaran, que se movía el perro y sonaba, pa espantar los lobos."

C. J., MN.

"La piara de cabras llevaba una collera de perros de estos mastines grandes, buenos, que había entonces. Los perros defendían las cabras lo mismo que el cabrero. El cabrero por regla general, [tenía] un perrino chico, perros de agua, de esos de lana, que eran mu buenos si le hacía falta un día echárselos a las cabras. Las cabras no querían ir p' allá o se le metían en un sembrao de pronto y el cabrero no llegaba y le decía "unda, unda con ellas" y el perro llegaba antes y las echaba fuera del sembrao."

(71) A unos 300 metros.

“Con las mismas se iba con sus cabras, to el día con sus cabras, los perros iban metíos entre las cabras, los grandes, que no iban detrás de él, yo no los acostumbré que fueran detrás de mí, que fuera entre le ganao pa'cá, pa'llá, viendo lo que había. Donde menos te pensabas salía un lobo, le pegaban una gafañá y por lo menos una cogía. A la que cogiera la herraba las espaldas y, si la cogía por el pescuezo, se la cargaba. Y cuando los perros empezaban “aauuuhhh” ya estaba el mayoral: “mala es, mala es”, decía él y cogía y a lo mejor se la quitaba, conseguía con los perros quitarle las cabras, que no se la comiera, y si no era mu grave lo que le había hecho podía salvarse y se salvaba.”

M. S., Sl.

Otra ayuda para el pastoreo y custodia de las cabras eran los campanillos, que eran propiedad de los cabreros, no de la casa. Servían para tener controlado al ganado, saber por dónde andaba y que estuviera junto. Además, por el sonido se podía saber si un animal se encontraba en un trance apurado, si venían lobos u otros animales dañinos o si surgía un problema durante la noche. Como caso extraordinario, porque en general las cabras se encerraban, traemos este relato sobre la utilidad de los campanillos.

“Entonces no se encerraban en corrales, no había corrales pa las cabras, se quedaban al raso. Había un corral na más que pa las parías y pa encerrar los chivos pa hacer el queso. A los machos que eran capaos le ponían unos campanos grandes por si venían los lobos que despertasen al cabrero. Había seis o ocho, no me acuerdo cómo se llamaban esos, machos capaos. La cerca no le vale pa na, una piara de cabras sueltas se saltan las paredes y se salta to. Las cabras estaban to el día por ahí y el cabrero con ellas, a la hora de la merienda las dejaba y salía otra vez andando, a la hora de dormir se dejaban en el llano. Allí se arrecostaban pero a lo mejor se le antojaba a las cabras salir andando, salían los machos aquellos con aquellos campanos, lo sentía el cabrero, ¿qué te parece a ti que hacía?, las dejaba ir, le cortaba por allí, llevaba cuatro o cinco palos encendíos, se los tiraba por cima y los palos aquellos ardiendo dándole vueltas en la cabeza... no se movían las cabras de allí más de la quedá... las cabras cogían miedo, cabras a la quedá y ya no se movían.”

M. F., Sg.

En comparación con las ovejas, en las cabras los campanillos resultaban más necesarios al ser animales más inquietos, tenían un campeo más largo, andaban más y, al estar en el monte, a veces se les podía perder de vista. Por eso era necesario ponerlo a las cabras más díscolas, además de a los cabestros y a otras.

“Campanillos se le ponía a la cabra más limpia, buena, gordita... Siempre el ganao se busca, las vacas, las ovejas y to, le tienes que poner una esquila, campanillos medianos. De una cuarta, media, según.

C. J., Mn.

Las tareas del cabrero eran pastorear al ganado, llevarlo a los pastos y al agua, cuestión esta última más importante en verano, en que había de buscar la

poca agua que hubiera en los cauces y, en caso extremo, sacarla de algún pozo. Además había de barrer todos los días el corral y sacar el estiércol, como ya se ha dicho. Entretanto, el zagal salía con el ganado. En tiempo de primavera, en cabradas grandes, era mucho el tiempo que se podía echar en el ordeño. En esa época, cuando el cabrero hacía el queso, el zagal salía con las cabras, aunque como dijimos, a veces era la mujer del cabrero quien elaboraba el queso. Las siguientes citas nos describen a grandes trazos la vida y trabajos de estos hombres:

“Y entonces el cabrero por la mañana se levantaba, encendía su candela, se bebía su café (...) Si de noche estaba la noche tranquila, que no había novedades, que no ladraban los perros, no había revolución, el cabrero a dormir. Que sentía cosa fea, en pie. Era un capital que lo tenía que defender. Por la mañana se levanta el cabrero, se bebía su café, se ponía un cigarro en la boca si fumaba y lo primero que hacía era ver qué novedad había en el corral, en el ganao. ¿No había novedad?, no había novedad, se salía pa la casa. Cuando era hora cogía de su cartera, que era de material, echaba la merienda y la llevaba a la espalda, la cartera de la merienda, que era lo que se le decía. Cuando era hora, cuando le parecía, le decía a la mujer: “échame la merienda que me voy con el ganao...” El pastor era mochila, no era igual que el del cabrero. Con las mismas se iba con sus cabras, to el día con sus cabras.

El estiércol se barría a diario del corral de las cabras, eso me lo he dejao atrás. Se barría a diario, por la mañana si daba tiempo. Las cabras por regla general allí en la majá, a lo mejor se quedaban allí quietas hasta que las harreaba el cabrero, se echaban incluso allí, según las estaciones del año. Ahora, si está una mañana lloviendo no se iban a estar allí quietas, salían andando, se iban a ampararse pero ya en abril, mayo y de ahí p´alante, como estaban mu comías de un día pa otro pos las echabas del corral y se estaban allí y dejaban al cabrero barrer el corral y si no pos el cabrero dejaba al zagal un rato o se venía un ratito por la tarde con tiempo y barría el corral y el muchacho venía arrimándose pa la majá con ellas.

El cabrero salía con las cabras temprano, si era tiempo de ordeño salían algo más tarde, si no, pos a las nueve de la mañana por ahí estaba marchando.

El cabrero comía por ahí, si un día le coge la merienda en un sitio oportuno pa dejar las cabras una media hora y puede dar la escapá a la casa y comer garbanzos... mañana le dice a la mujer: “mira, sobre la hora de la merienda voy a venir con el ganao por tal sitio y vengo mañana a merendar”. Las dejabas en un sitio oportuno que no se le iban... pero el mayoral mayoral era el que está con su ganao diario, ahí. Luego venía a casa cuando se le terciaba un día, cuando no, se comía los garbanzos por la noche.

Y eso [la pellica] te lo ponías y el capote encima y no te daba frío. Y cuando vino la moda de las katuscas mejor que mejor. Te ponías las katuscas, la pellica y el capote y ya podías estar días en el agua que no te mojaba y el frío te lo quitaba to. ¡Entonces venían unos días de frío...!, entonces venían días de frío, decimos ahora “qué frío hace”, digo “venga ya, no hace tanto frío, qué coño sabes tú lo que es un día de frío”. Las helás no se quitaban, se quedaban recogando donde estaba cayendo un chorro de agua por una pared que caía a una cerca, un cimbarón, eso se quedaba los peazos así, lo cogías... congelao. Días y días estaban así. Hasta que no venía un día bueno de agua no se quitaba ese carámbano to. Eso no se ve casi hoy ya, con to lo malo que decimos

que son las helás y escasamente hacen carámbano.”

M. S., SI.

“Me levantaba a las cinco de la mañana y estaba to el día con la alforja a cuestas. A mediodía me iba debajo de alguna encina, pero me comían los hormigos y las garrapatas. Me tenía que meter hojas de jara en las llagas. Me salían ampollas y, así, se me ponía el pié mu duro. Luego, no tenía ganas de comer, llegaba caldeao al agua caliente”.

J. M., PM.

La pastoría de las cabras a veces daba lugar a picaresca. Era muy evidente en el caso de los *piareros*, que habían de entrar en las fincas ajenas cuando era preciso, pero se daba también entre algunos pequeños propietarios, de menguado terreno y necesitados de alimento para sus cabras. Esto lo podemos constatar en sitios donde existían pequeñas propiedades junto a latifundios. Algunos pequeños propietarios hacían incursiones en fincas linderas o instaban a hacerlas a quien tuvieran empleado, algún muchacho, por ejemplo.

“Las puntas se llaman aquí, que si se descuidaba se daba: “le han dao ahí una punta con el ganao en la finca esa, se ha metío ahí el ganao”: Claro que se daban. Estando yo de zagal con cabras las daba yo, me mandaba el amo de las cabras con las que estaba yo, a la finca más grande que estaba mejor de comía. Pos ya a bocas de oscurecer, pizca más o menos, pos te decía “entra ahí con el ganao en eso de fulano un rato que ahí eso está mejor de comía” claro, lo suyo estaba peor de comía.”

H. R., Cv.

El repertorio de tareas y el acervo de conocimientos que precisaba el cabrero para realizarlas eran grandes. En este oficio había de saber de todo, por ejemplo, hacer las veces de veterinario cuando enfermaba algún bicho o de matarife cuando era obligado sacrificarlo o desollarlo. Las enfermedades que más atacaban a las cabras eran parecidas a las de la oveja y, así, podían padecer de basquilla, bacera, pulmonía o *pedero*, y tener problemas con las *batatas*, *pergañas*, víboras, lobos, etc. La basquilla, que era menos frecuente entre las cabras que entre las ovejas, era un subida de sangre, una especie de congestión, de tal manera que la sangre ahogaría al animal. Ahora bien, era menos frecuente entre las cabras que entre las ovejas.

“Es una cargazón que se le viene a la cabeza, se sabe por las figuras que hace, empieza a temblar, a dar vueltas y hacer movimientos con las orejas”.

G. F., PI.

“A la cabra se le nota ensegúa porque se le ponen los ojos mirando pa el sol y le rechinan los dientes”.

G. F., PI.